

# Introducción

Por descabellado que sea, cualquier escrito o alusión respecto al tema de la vida extraterrestre siempre arrojará un poco de luz, en ocasiones defectuosa, a un problema que hasta el momento no tiene explicación satisfactoria posible. Cada cual aportará lo suyo, ya sea en forma oral o escrita, para resolver este puzle indescifrable regado a través de la historia, el cual no tendrá una respuesta final mientras no se considere todo aspecto propio de la existencia humana, incluido el espiritual.

Aun así, las evidencias seguirán llegando y acumulándose en los archivos de aquellos que anhelan conocer la verdad. Y para llegar al fondo del asunto se necesitan todas las pruebas posibles sobre la mesa.

Cuando deba conjugarse y procesarse el total de la información, cuando se haya separado el trigo de la cizaña, entonces tendremos ante nosotros la sentencia total y verdadera de este misterio. Mientras tanto, el tiempo en que la verdad saldrá a la luz se aproxima a pasos agigantados.

A través de esta novela no intento imponer mi punto de vista ni pretendo que este sea un tratado de unas cuantas ideas teológicas sueltas, sino agregar algo más que sea sometido a consi-

deración del lector. Sé que estoy escribiendo a gente que piensa y se pregunta. Probablemente este libro no sea del agrado de muchos, pero creo que ante un juicio final de estos fenómenos debemos primero conocer todos los argumentos, a favor y en contra sobre la procedencia de estos misterios volantes.

Eso es lo que pretendo hacer: aportar algunas ideas desde un punto de vista alternativo y diferente, con todas las dificultades y limitaciones propias que me concede un trabajo de este tipo. Si este libro calma la inquietud de alguien que desea agregar más argumentos a su cosmovisión de lo extraterrestre, aquí está el aporte.

A través de esta novela, cuyo entramado creo que no está tan lejos de la realidad, espero dar una diferente pero válida posición frente al tema.

¡Porque existen cosas que sólo tienen una explicación!

El autor

Mallorca, España 2017

*En todo caso, ¿no cree que sea posible que haya sido un reptiliano quien se le apareció a Eva en el jardín del Edén?*



# Capítulo 1

## **JULIO DE 1941. SEGUNDA GUERRA MUNDIAL LENINGRADO**

El cuervo entonó tres veces su lúgubre graznido frente a la única ventana que aún se sostenía pegada al muro de la casa. La mujer sintió que los vellos de su espalda y sus brazos se erizaron e intentó ignorar aquel siniestro canto. Casi toda la gente del lugar creía que cada vez que un pájaro negro cantaba frente a una casa, alguien de allí moriría. De forma instintiva la bella rusa pensó en su esposo y en su hijo.

Apretó la cruz bizantina que colgaba de una cadena de oro de su frágil cuello e intranquila miró por la ventana intentando ubicar al ave que segundos antes cantara desde la verja del jardín, pero este ya había volado. Intentó calmarse pasando su mano por la suave cabeza del niño que, con tiernos ojos, la miraba ajeno a lo

que sucedía a su alrededor. Calzó los viejos zapatos del pequeño Alexei y resuelta, sin mirar hacia atrás, salió a la calle.

\*\*\*

—Hay que aniquilar a la Unión Soviética como nación y como pueblo... Se trata de una lucha entre dos ideologías, entre dos concepciones raciales... Los soviéticos tienen que ser liquidados. —Con estas encendidas palabras y teniendo en derredor a todo su Estado Mayor y demás oficiales de mediano rango, el Führer había delineado a grandes rasgos su estrategia y el tenor que tendría la guerra frente a la URSS.

—*¡Heil Hitler! ¡Heil Hitler!* —los cruces de hierro se levantaron de sus asientos y con el brazo en alto ovacionaron en forma estruendosa al hombre que en pocos años había levantado del polvo de la humillación a Alemania, después de la derrota en la Primera Guerra Mundial.

La causa de los arios era ahora su lucha. Y por el momento los ejércitos germánicos estaban cumpliendo los deseos del Guía.

El general Von Leeb había logrado situar a las poderosas fuerzas de la Wehrmacht a unos ciento cincuenta kilómetros de la ciudad de Leningrado. Era el mes de julio de 1941. Y desde esas posiciones tres ejércitos tratarían de asfixiarla saliendo de diferentes puntos y envolviéndola en un movimiento concéntrico. El Führer quería conseguir la total rendición de sus habitantes por medio del hambre. La única vía de comunicación hacia el exterior que tenía la ciudad, en dirección Este, era la fortaleza de Schlüsselburg, la cual caería semanas más tarde, tras cinco jornadas de lucha. La ciudad quedó aislada totalmente por tierra.

El calendario marcaba los días centrales del mes de agosto.

\*\*\*

Nerviosa, Svetlana tomó de la mano al pequeño Alexei y apuró sus pasos en medio de los cortos trechos limpios de una calzada llena de cadáveres, escombros y chatarra quemada. Eran recordatorios que iban quedando sembrados en el camino debido a los continuos bombardeos y ametrallamientos efectuados por la Wehrmacht y la Luftwaffe<sup>1</sup>.

—¡Mamá! ¿Dónde ha ido papá esta vez? —preguntó el pequeño a la vez que pateaba un trozo de caucho retorcido y quemado del vehículo militar que humeaba, ya totalmente calcinado, frente a ellos.

—¡No sé el lugar, sólo sé que está cavando trincheras cerca de aquí! —farfulló la mujer al tiempo que respingaba su nariz debido al fuerte olor a pólvora y caucho quemado que se cernía en el aire. En medio de tantos hedores esos eran los más penetrantes y sobresalientes. Desde varios días atrás se venía combatiendo en forma encarnizada por el control de la antigua ciudad de San Petersburgo.

Para los soviéticos la ciudad era un símbolo de la gran Revolución de Octubre, y no se podían permitir que cayera, por lo que representaba, en manos del odiado enemigo nazi. Si esta ciudad caía, también toda Rusia lo haría con ella.

—¿Pasaremos otro día en la fábrica, junto a las demás mujeres? —preocupada por otros detalles de más importancia, Svetlana pareció no escuchar la pregunta del muchacho y apretó aún más su pequeña mano. Frente a ella se alzaba la gigantesca fábrica de armamentos donde cumplía turnos de trabajo forzado por horas. Después se dedicaba junto a otras decenas de mujeres a la construcción de medidas defensivas, las cuales hasta el momento estaban mostrando su efectividad en la resistencia frente al enemigo.

KIROV, la gigantesca fábrica de armamentos rusos, producía de forma ininterrumpida carros de combate, municiones de toda clase, motores y cañones para poder sustentar la lucha contra las

fuerzas alemanas, ya que la repentina invasión había desarticulado por completo sus sistemas de abastecimiento y organización. Tendrían que luchar solitarios contra el enemigo hasta que el sistema de suministro desde el interior de Rusia se normalizara. Como se estaba dando la situación, esto sería un poco más que imposible.

La madre agudizó su oído y lo que escuchó hizo que apretara aún más la mano de su hijo causándole daño. Conocía de memoria lo que venía más adelante.

—¡Los aviones alemanes! ¡A los refugios! ¡Viene la aviación alemana! —se escuchó el grito ronco y enérgico del soldado cosaco. La sirena dio su agudo aullido de guerra, un lenguaje que los habitantes de la ciudad ya conocían. Quien la escuchaba vivía. Era el sonido que separaba la delgada línea entre seguir viviendo escondidos a sobresaltos o morir acribillado bajo el fuego enemigo. Por desgracia en esta guerra no existía una visión más optimista ni otra opción más decente. En realidad, en ninguna guerra la hay.

Svetlana y Alexei miraron despavoridos hacia el cielo, al oeste. Decenas de puntos negros se dibujaban en el cielo produciendo un ruido ensordecedor, semejante al que produce un enorme enjambre de avispas. La muerte volaba directa hacia ellos.

Los aviones se cernieron como negros buitres por el nublado cielo, ametrallando todo lo que encontraron a su paso, vomitando su carga de destrucción. La svástica volando por el cielo en la cola de los aviones Stuka se asemejaba a la sombra que un halcón proyecta sobre su presa. Exclamaciones de tormento y angustia se esparcieron por doquier. Las máquinas de guerra alcanzadas ardieron fuera de control en medio de las calles o incrustadas contra algún poste o muro. La atmósfera se llenó de ayes desacordes y terroríficos. Hombres y mujeres bramaban de dolor al ser destrozados por las balas. Otros ni siquiera alcanzaban a abrir sus bocas. Era como una desigual lucha entre un

moderno Goliat de acero contra un frágil David con armas del siglo pasado.

—¡A las baterías antiaéreas! ¡Rápido, a las baterías! —se logró escuchar una desesperada voz dando una orden, entre el humo y el ruido de las explosiones.

Trozos de escombros y hierros retorcidos saltaban por los aires como esquirlas improvisadas, incrustándose en todo lo que tuvieran por delante. En medio de la calle había restos de cuerpos humanos esparcidos que todavía destilaban sangre. Quienes quedaban vivos pedían a gritos que alguien se apiadara de ellos, matándoles. La metralla alemana les concedía el favor. No dejaban a nadie con vida. Otros que alcanzaron a llegar a las defensas antiaéreas comenzaron el contraataque, pero no eran muchos.

El polvo, el pánico, el fuego y el desorden cundían por doquier. El resto de gente que no estaba a cubierto corría desesperada buscando refugio en algún lugar. Los edificios sucumbían bajo llamas voraces e incontrolables. Una pequeña niña lloraba sin encontrar quien la consolara, sentada en el barro cogida de la mano de un hombre que yacía muerto a su lado.

La sirena seguía aullando. El cielo arrojando fuego. Los proyectiles segando vidas. La sangre regando el suelo con su macabra estela púrpura. Por un buen espacio de tiempo aquellas macabras escenas se repitieron. Una y otra vez por el aire los aviones reiteraron su macabra tarea. Una y otra vez por la tierra, el infierno se desató sin misericordia. Como una espiral de terror sin fin.

Con la agilidad de un felino acorralado, la mujer y el pequeño lograron colarse en el descomunal agujero producido en un edificio cercano días atrás por las potentes bombas nazis, cuando un Stuka pasó por sus cabezas proyectando su descolorida sombra sobre ellos. El ruido del motor se perdió en la inmensidad del espacio. Las paredes crujieron y la resonancia de una explosión

se introdujo junto con trozos de escombros y polvo en aquel improvisado refugio. El avión había dejado caer una bomba.

Ignoraron cuánto tiempo estuvieron en aquel impensado escondite escuchando la mortal sinfonía de gritos, explosiones y ruidos de motores en el aire. Hubo un momento de pesada pausa. El silencio que avisa una tregua o una tempestad. De pronto el fragor de los bombardeos se fue alejando como un eco.

De forma pausada, excepto por algunos disparos aislados en la distancia, la quietud volvió a reinar en unos cuantos metros a la redonda. Sólo se escuchaba el lejano lamento de los heridos, el crepitar de los edificios y los vehículos que explotaban consumidos por el fuego. El suelo empezó a temblar bajo el peso de otro ruido mecánico y ensordecedor. Svetlana no se percató de este detalle, pues estaba pendiente de su hijo y pensó que era tiempo de salir del temporal refugio.

Tomó al niño de la mano y salió al exterior. Se volvió para levantarle en volandas porque un pedazo de muro le impedía avanzar, cuando de reojo vio configurarse a través de la polvareda, como un demonio que emergía del infierno, aquellas terribles bestias de color gris que se estacionaban a su costado, a no más de cincuenta metros de distancia. Eran tres tanques Panzer pertenecientes al décimo séptimo cuerpo divisionario de blindados alemanes.

Al costado de la torreta de cada tanque se dejaba ver un oscuro símbolo en forma de cruz con trazos blancos más delgados que las delimitaban siguiendo su contorno. Aferrado a la ametralladora de uno de los blindados, un soldado alemán sonreía en actitud maquiavélica frente al objetivo en forma de mujer que tenía ante sus ojos. Su mano izquierda tomó la larga cinta con balas relucientes y cerró su ojo derecho para afinar la puntería por el mirador del arma. Apretó el disparador.

Guiada por el instinto propio de una madre, la mujer giró la vista hacia el muchacho. Le pareció una eternidad el poder

ubicarlo visualmente. Y gritó con todas sus fuerzas hasta quedar sin aliento:

—¡Huye, hijo!

El muchacho quedó paralizado frente a la irreal escena que presenciaban sus ojos. Nuevamente, la mujer gritó, «¡Huye, hijo mío!», y le empujó dentro del hoyo. Volvió su rubia cabellera hacia la bestia de acero que hablaba tartamudeando.

Percibió en el aire algunos zumbidos chillones y el calor punzante de algo metálico que penetraba sus carnes. Sintió uno, cuatro, nueve... y más calientes pinchazos que rasgaron su pecho como agujones de avispa. Lo intentó, pero no logró controlar su cuerpo, que empezó a ser zarandeado con violencia de adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante.

Un delgado quejido brotó de su garganta. Un tibio hilillo de sangre bajó por la comisura de sus labios. Se dobló hacia delante. Por un instinto de preservación se llevó las manos al pecho para protegerse.

El muchacho, aún maltrecho por el empujón, observó cómo su madre se convulsionaba por las balas que atravesaron su frágil configuración. Se percató de que estaba envuelta por botones de intenso color carmesí que brotaban por todo su cuerpo. El impacto de los proyectiles la suspendía en el aire y hacia bailar su rubia trenza con extraños movimientos, de un lado a otro.

Vio cómo sus delicadas manos se estiraban hacia delante arañando al aire, intentando aferrarse a algo, y fue cayendo de espaldas hasta rebotar sobre un montón de piedras. A Alexei le pareció una película en cámara lenta que pasaba delante de sus ojos.

En la pared lateral del edificio del frente un enorme cartel desplegado mostraba a Stalin rodeado de niños. Uno tocaba el violín frente a él, otro le abrazaba desde atrás como quien abraza a un padre y un tercero sostenía un avión de juguete en la mano y a quien el dictador acariciaba su inocente carita. Más abajo una leyenda decía:

## GRACIAS A STALIN, LA INFANCIA SOVIÉTICA ES FELIZ

La ametralladora cesó de repetir su letanía de muerte. El muchacho acuclillado escondió la cara por algunos segundos en medio de sus rodillas. Sintió el sonido mecánico de las orugas de las bestias grises que pasaban cerca del moribundo cuerpo de su madre. Lentamente vio pasar ante sus ojos la negra cruz pintada con contornos blancos en el costado del Panzer. Identificó ese símbolo con el enemigo y unas delgadas raíces de odio empezaron a entrelazarse de forma silenciosa en su corazón.

El suelo temblaba al paso de aquellos monstruos de acero. Con dificultad, Svetlana volvió la vista hacia donde estaba Alexei. Le buscó con ojos agónicos. Abrió su pálida y ensangrentada mano, como intentando alcanzarle. Alexei no estaba a más de cinco metros de distancia. Él intentó extender las suyas, pero el pánico lo tenía dominado y atrapado en el pequeño refugio.

Los labios de la mujer se abrieron para decir algo, pero lo único que logró fue expulsar gruesos borbotones de sangre. Pestañeó con esfuerzo una vez, dos veces... su escudriñar era dulce, aún en medio del estertor. Lo intentó una tercera vez y no pudo más. Su mirada comenzó a perderse en la eternidad.

La valiente madre pareció envolver con sus ojos al niño, que acurrucado y temblando en el hoyo empezó a llorarla en silencio. Los labios del pequeño musitaron vez tras vez juramento y maldición, juramento y maldición.

Se prometió a sí mismo que vengaría hasta el cansancio la muerte de su madre, que su sangre derramada no quedaría impune y que jamás sería humillado por nada ni nadie. Vendería al infierno mismo su futuro y sus generaciones si fuera necesario con tal de que sus deseos fuesen cumplidos y su sed de venganza saciada.

En otro tiempo, quizás a esa hora, podría estar jugando con sus amigos o en el colegio. Pero ahora era él, un niño, quien estaba albergando toda aquella negra amargura en el corazón.

Intentó salir de su escondite para socorrerla. Pero ya era tarde. La sirena aullaba nuevamente, avisando del peligro que se avecinaba. A lo lejos, por la estepa rusa, una manada de bestias mecánicas grises se acercaba rugiendo con sus motores. Por el cielo otra oleada de terror y fuego se asomaba bajo la sombra de los veloces y sanguinarios aviones Stuka.

\*\*\*

#### ENORME Y BRILLANTE LUZ EN EL CIELO CAUSA PÁNICO EN LA POBLACIÓN PERIFÉRICA DE LA CIUDAD DE SAN FERNANDO

El conocido periódico de circulación nacional desplegaba así el principal titular que encabezaba la portada y lo destacaba en grandes letras negras. A continuación, detallaba la noticia:

*Una brillante luz que se «paseó» por el cielo realizando algunas extrañas maniobras y círculos, causó pánico en los habitantes de una periférica población ubicada en el sector sureste de la sureña ciudad. Justo detrás de los enormes terrenos baldíos del cuartel de infantería ubicado en dicha comunidad...*

Seguía agregando:

*Según los vecinos, este fenómeno se dejó ver alrededor de las 22:30 horas del miércoles 28 de agosto, y se había vuelto a repetir ayer sábado 7 de septiembre, pero esta vez minutos antes de la medianoche. La extraña luz fue observada por decenas de personas que viven en el lugar y, antes que hiciera su aparición, según versiones recogidas entre los pobladores por este perió-*

*dico, los televisores y las bombillas de las casas se encendieron y apagaron en un efecto semejante al que produce un cortocircuito. Después esta luz, similar a un gran farol de diferentes tonalidades, realizó algunas indefinibles maniobras, subió y bajó reiteradamente unos cuantos metros como si estuviera tratando de comunicar algo, y más tarde se desplazó hacia el sur hasta que se perdió entre los árboles del tupido bosque a orillas del río que rodea la ciudad.*

El reportaje terminaba así:

*Nuestro corresponsal en la zona contactó con algunos especialistas en fenómenos paranormales de la capital. Estos agregaron que la situación correspondía, de acuerdo al lenguaje ufológico, a un encuentro cercano del primer tipo. Además, acotaron que se ha detectado una zona «caliente» alrededor de la ciudad de San Fernando que se extiende por un radio de alrededor de cinco kilómetros a la redonda. Las autoridades también fueron consultadas y llamaron a la población a tener calma. Señalaron que se ha pedido la colaboración de un importante número de profesionales expertos en el tema y que este tipo de situaciones están siendo estudiados, por lo cual se cree que pronto habrá un comunicado oficial dando alguna respuesta satisfactoria a esta clase de manifestaciones aéreas.*

FRANCE PRESS. Domingo, 8 de septiembre de 1985

Desde hacía algún tiempo, extrañas y diversas apariciones aéreas y terrestres venían sacudiendo la tranquilidad de la hermosa ciudad de San Fernando, ubicada a unos doscientos kilómetros al sur de Santiago, capital del último país andino que prácticamente colgaba del globo terráqueo en el confín de la tierra.

Bolas de fuego, nubes luminosas; luces que trazaban círculos en el aire; aparatos volantes en forma de puro; unos haces luminosos de grandes dimensiones que aparecían en las carreteras o

en los caminos aledaños y que de forma misteriosa se esfumaban, y otros que se movían en medio de los cerros y desaparecían en medio de sus faldas; inquietud de los perros en las casas y de los animales en el campo debido a la presencia de algo inexplicable moviéndose allí, un poco más allá... Estos formaban parte de los muchos comentarios que ya circulaban de boca en boca entre los lugareños. Existía temor y ya nadie se atrevía a salir a solas por aquellos parajes. Pero estas apariciones únicamente ocurrían, con bastante frecuencia, en lugares un poco apartados, donde no hubiera demasiada gente o no existiera excesiva iluminación.

Parecía que algo inexplicable y sobrenatural se había instalado a vivir quién sabe por cuánto tiempo en las inmediaciones.

\*\*\*

—¡Quier, dos, tres, cuatro! ¡Quier, dos tres, cuatro!

El tono de la voz que pronunciaba aquella armonizada frase de marcha militar era bajo, y sin embargo firme y seguro. Una voz de mando. Steiner, el comandante de patrulla destacado para aquella noche, marcaba el ritmo del paso al pequeño piquete compuesto por diez expertos soldados en este tipo de intervención.

«Quier» era el diminutivo del pie izquierdo. Estos guerreros de traje verde oliva marcaban el comienzo de sus desplazamientos con un fuerte golpe en el suelo con este pie, ya sea que estuviesen formados en pequeños grupos, secciones, compañías o divisiones. El «dos, tres, cuatro...» era un sonido rítmico, numérico, para no perder el paso cuando otros venían detrás marcando el mismo compás. En cierto sentido era similar al anglosajón izquierdo, derecho, izquierdo... izquierdo, derecho, izquierdo.

El comandante de patrulla militar, por cuestiones de subordinación, era un cabo o un sargento de bajo grado, cuya misión era ir designando los soldados a aquellos lugares donde cum-

plirían su rol de centinelas. Los cabos o sargentos conocían al revés y al derecho las instrucciones sobre los procedimientos militares de vigilancia en los cuarteles, que emanaban directamente del General de División. Estas reglas eran como su Biblia militar, los cuales la leían repetidas veces, aunque ya la supieran, antes de cumplir la función de guardia. Estaba detallada de la siguiente manera:

*II División de Ejército — Comandancia General del Ejército  
De acuerdo a las instrucciones emanadas en conjunto con el  
Comando de Institutos Militares las instrucciones para...*

Después de algunas líneas instructivas y de advertencia añadía:

—Vigilará que los soldados no se duerman en sus puestos.

—Que no usen sus armas de combate como elementos de entretenimiento o cualquier otro tipo de uso que no sea el estipulado por las normas de defensa.

—Evitará que los centinelas estén más de dos horas en sus puestos de guardia. Se sugiere dos horas de vigilancia por una de descanso.

—A tiempo y en las horas señaladas procurará el alimento necesario para cumplir en buena forma las 24 horas de guardia.

—El comandante de patrulla será siempre el primero en reaccionar en caso de un incendio o un asalto al cuartel, ya sea designando puestos de combate alternativos, delegando personal a los lugares de amago o dando la cara en la primera línea de fuego. En caso de que un soldado enferme...

Y así se extendían las instrucciones durante unos treinta párrafos más. Al final las rubricaba la firma de un general de División. Después de esto sólo quedaba cumplirlas al pie de la letra.

En absoluto silencio, los soldados atravesaron el enorme campo de fútbol que yacía en la esquina sur de aquel formidable

cuartel. El penetrante buhú de un búho que volaba cerca les sorprendió en la rápida y acompasada marcha militar. Si se hubiese mirado desde unos cuantos metros más allá, aquella patrulla parecía una ciclópea oruga verdosa que sincronizada se movía en el llano pliego de la oscurecida campiña.

—¡Quier, dos, tres, cuatro! —se escuchaba un murmullo anunciando el rítmico paso.

El sonido de aquellas palabras asemejaba al movimiento que un director de orquesta hace con sus manos, de arriba a abajo, de izquierda a derecha, cuando marca los cuatro tiempos en una melodía.

A lo lejos se escuchó el armonioso y triste toque de silencio que indicaba que toda actividad cesaba en el cuartel y que de ahora en adelante los únicos que tenían autorización para desplazarse por sus alrededores eran los centinelas. El resto de los soldados o bien dormían en sus barracones o cumplían funciones dentro de oficinas o espacios cerrados. Si salían fuera de ahí necesitaban un santo y seña.

De pronto se produjo una nota de silencio en medio de aquella monótona y monocorde cadencia. Se escuchó el sonido de las botas aplastando las humedecidas costras de barro que conformaban el largo sendero, el cual se extendía como una irregular herida gris incrustada en el suelo. Sin salirse de los decibelios normales, el que marcaba el paso subió el tono de su voz.

—¡Cuaaatro! —y remarcó esta última palabra con sonido grave.

Más allá del sonido de las botas, una sonora inhalación de aire asemejando un voluptuoso suspiro llenó un par de pulmones y otra orden militar se oyó en el aire:

—¡Escuadra, girar a la derecha! ¡Comenzar marcha!

Un par de segundos y la columna de soldados giró casi mecánicamente a la derecha. Cuarenta y cinco pasos más adelante se dibujaban contra las sombras los relieves de tosca madera

del puesto de guardia número 5. Era el más alejado, delicado y peligroso de todos. Por su ubicación y por lo que se escondía debajo de él. Ahí estaba ubicado el mayor polvorín del cuartel. Cualquier persona distraída hubiera podido caminar por allí sin darse cuenta sobre qué estaba pisando.

Desde lejos, y de cerca también, sólo era un montículo de endurecida tierra rodeado por un disperso bosque de gruesos árboles con una desarticulada caseta militar encima. Pero varios metros más abajo la realidad que escondía era otra: armas en grandes cantidades, pertrechos de diferente tamaño y forma, vehículos militares de última generación y explosivos para hacer volar una ciudad completa. Su dimensión equivalía a dos campos de fútbol.

El comandante de guardia se dirigió a los soldados a los que por rotación de vigilancia les correspondía aquel lugar, y en voz casi susurrante les dijo:

—Durante el tiempo que estén apostados aquí, esta será su línea de fuego en caso de defensa.

Y acto seguido les indicó la distancia de tiro. Con el índice izquierdo describió una línea imaginaria en el horizonte, tomando como límites algunos puntos resaltantes del terreno. Un trueno cortó sus palabras y gruesas gotas de lluvia empezaron a caer del ennegrecido cielo salpicando sus trajes de combate.

—Esta noche se viene con todo. —Se escuchó una voz que al parecer estaba más pendiente del tiempo que de las instrucciones.

La voz de Steiner les trajo a tierra:

—El primer disparo es al aire si la persona o —recordó los sucesos extraños que estaban ocurriendo en la ciudad— ... lo que sea no se detiene o no responde al santo y seña. Si persiste en no responder, el segundo disparo, o los que sean necesarios, son directamente al cuerpo —carraspeó y continuó—: No entren en conversaciones con nadie. Si detienen a alguien nos bastará

un solo disparo al aire para saber qué ha sucedido. ¿Entendido, soldados Martínez y Torreblanca?

—¡A sus órdenes, mi cabo! —los dos soldados asintieron, agregando un seco y sonoro golpe con los tacos de sus botas. Conocían bien esas instrucciones. Las habían escuchado una y otra vez. Pero de acuerdo al reglamento militar tenían que ser dadas cada vez que cumplían servicios de vigilancia.

—¡El soldado que tuviere orden absoluta de defender su puesto, lo hará, aún a costa de su propia vida! —repetieron a coro y mirándose cara a cara los relevos que se iban y los que llegaban. Como si se traspasaran, en un acto de profunda devoción y religiosidad, la responsabilidad de vigilantes que pesaba sobre sus hombros.

En más de una ocasión se habían producido terribles desgracias por no recordar algo tantas veces sabido y repetido como esos simples procedimientos. Y en caso de algún posible juicio militar, por algún posible infortunio, por alguna posible participación de soldados en la muerte de alguien con material de guerra, la primera pregunta que siempre haría el fiscal militar de turno a los presuntos implicados sería: «¿Conocía usted las instrucciones del reglamento militar con respecto a la vigilancia del cuartel y el trato con los detenidos por sospecha? ¿Se las recordó su comandante de guardia? ¿Conocía usted...?»

Y ese era el principio de un largo y embarazoso juicio que casi siempre terminaba con la expulsión de los uniformados del Ejército... o en la cárcel. Por lo tanto, aquella era una rutina diaria que había que cumplir. Por el bien de ellos, de los superiores, del cuartel y de las fuerzas armadas.